

La retórica de los populismos y las consecuencias de las políticas de confrontación demagógica



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

La experiencia histórica demuestra que en tiempos de confusión y crisis tienden a surgir enfoques simplistas, demagógicos y bipolarizadores. Desde hace algunos años, en estas páginas hemos venido alertando sobre las consecuencias que podían derivarse del caldo de cultivo que se estaba creando en sociedades como la española, a partir de una crisis que no se estaba afrontando de la manera debida y de una deriva social que no hacía sino aumentar el número de los perdedores, los parados y los excluidos.

La quiebra de los consensos sociales

La ruptura de los consensos sociales posteriores a la Segunda Guerra Mundial y la creciente impopularidad de las políticas que han predominado en los últimos lustros han producido efectos críticos en múltiples planos, que ahora están dando la cara y haciendo notar sus efectos más erosivos de una manera reduplicada y simultánea, como ocurre con las enfermedades graves, que no son prevenidas ni atajadas a tiempo.

Los malos resultados económicos de las (malas) políticas seguidas en los últimos años han generado una importante bolsa de precariedad y una sensación de retroceso y malestar que hace tiempo ha desbordado los límites de lo que resulta asimilable en un sistema que pretenda ser mínimamente razonable y estable, afectando también a amplios sectores de las clases medias y, sobre todo, a sus hijos.

Políticas impopulares

Las dificultades existentes para sustentar unas políticas que han dado lugar a una notable dualidad so-

cial y a una crisis de horizontes vitales para muchas personas y familias, han llevado a implementar estrategias políticas tan duras como irresponsables, cuyos efectos ahora también están dando la cara. El recurso a determinados hiperliderazgos de cartón piedra, el abuso de las maniobras de guerra sucia y de las prácticas más arteras para erosionar —y/o aniquilar— a los

En España se están propiciando enfoques y retóricas irresponsables que más que contribuir a solucionar y encauzar los problemas, tienden a enconarlos y radicalizarlos, en un contexto de alta emocionalidad.

líderes de izquierdas más inteligentes y capaces, los esfuerzos para controlar —e incluso corromper o vicarizar y condicionar— a los principales partidos políticos, la creciente judicialización de la vida política y, en general, el empeño en simplificar y oscurecer los debates programáticos de fondo que son más necesarios, han terminado conduciendo a la extensión de un clima político caracterizado por la desconfianza, la desafección ciudadana y las negatividades.

Antisocialismo primario

A partir de estas coordenadas, el propósito de mantener en el poder a los círculos políticos defenso-

res de la persistencia de políticas que se estaban revelando como nocivas se ha intentado lograr silenciarlo y relegando determinadas voces y argumentos y aplicando estrategias de denostación —y a veces persecución— de los partidos socialdemócratas y de sus principales líderes. Lo que se ha hecho en España con el PSOE, desde ciertos núcleos de poder y comunicación, durante los últimos años es un ejemplo bastante expresivo de la falta de sentido de responsabilidad que ha imperado entre los que han aplicado una política inmisericorde de *tierra quemada* y destrucción de líderes alternativos. A veces, se han desencadenado auténticas persecuciones, propiciando derivas que al final han acabado *quemando* también a una parte de los incendiarios.

Algunas estrategias de comunicación simplificadoras y emocionales en realidad se limitan a imitar, con adornos tecnológicos modernos, los patrones doctrinarios de propaganda que ya emplearon abusivamente los extremistas de los años treinta.

En España hemos asistido recientemente a un ejercicio de sectarismo comunicacional que inicialmente parece que “solo” pretendía promocionar un poco a otros líderes y alternativas neo-populistas que pudieran fragmentar el voto de izquierdas, con la finalidad de intentar prolongar unos años más la secundarización electoral de un partido creíble y responsable como el PSOE. Pero, algunos aprendices de brujo y sus adláteres se han acabado encontrando con que estaban incubando el huevo de la serpiente. Y ahora están asustados y sin saber si habrá tiempo suficiente para enmendar el despropósito antes de que la situación se deslice por pendientes irreversibles, como ha sucedido en diversos momentos históricos en varios países.

Con lo cual, el clima de preocupación, de confusión y de negatividad no ha hecho sino acentuarse y extenderse, con el agravante de que ahora muchos puentes han quedado derruidos y se han generado desconfianzas y agravios que costará tiempo superar.

Incluso —seamos realistas— de cara a exigencias perentorias que pueden resultar imprescindibles.

Inflamabilidad política

El grado de enconamiento que se ha creado (por arriba) en la sociedad española, unido al malestar social y a los sufrimientos personales que se registran en amplios sectores sociales, ha dado lugar a una combinación de consecuencias peligrosas que exigirá una reacción clara, racional y positiva por parte de los sectores más serios y responsables de la sociedad española. Sectores que, hoy por hoy, son netamente mayoritarios, y que no quieren —no queremos— tirar por la borda todo lo positivo y avanzado que se logró a partir de la Constitución de 1978 y de las conquistas sociales de algunos de los gobiernos posteriores. Lo cual, obviamente, no implica que no deban afrontarse las reformas y adecuaciones que exigen los nuevos tiempos y circunstancias sobre la base —obviamente— de los consensos imprescindibles.

Aunque las fuerzas y los impulsos políticos reformadores, equilibradores y racionalizadores tienen bastante peso sociológico en la sociedad española y somos muchos los que pensamos que las rectificaciones que se necesitan exigen una capacidad de liderazgo inteligente y una disposición clara a sumar esfuerzos y a trabajar con la cabeza fría, lo cierto es que en España se están desarrollando —se están propiciando irresponsablemente— enfoques y retóricas que, más que contribuir a solucionar y encauzar los problemas, tienden a enconarlos y radicalizarlos, en un contexto de alta emocionalidad.

Retóricas simplificadoras

Lo propio de los populismos, sean de extrema derecha o de extrema izquierda —por mucho que sus líderes *incuestionables* suelen negar ambas referencias—, es la simplificación y la renuncia a entrar en debates sobre ideas y propuestas bien fundadas y concretadas. De ahí el escaso interés que algunos prestan a las propuestas y programas, que están dispuestos a cambiar, mimetizar y transformar según convenga y cuantas veces convenga. Lo importante para ellos no es lo que proponen, sino cómo lo proponen y a quién atrapan en las redes con sus métodos. Por ello, el peligro que existe cuando en una sociedad se entra por la senda del populismo simplificador y la bipolarización extrema —“ellos o nosotros”— es que cundan

las retóricas emocionales, unidireccionales e incluso uninominales. Esto ya ocurrió en Europa durante los años treinta del siglo pasado, con una secuela de efectos desastrosos.

De ahí que resulte sorprendente comprobar determinadas reacciones de admiración bobalicona entre quienes no tienen ningún reparo en calificar como “muy hábiles e inteligentes” las estrategias de comunicación de aquellos que se limitan a imitar patrones doctrinarios de propaganda, que ya emplearon hasta la náusea los demagogos de los años treinta, y que ahora algunos revisten de los modernos ropajes de

Propaganda unidireccional

El propio lenguaje, las formas de argumentar y hasta los criterios actuales de *rotular* y *denominar* que utilizan algunos no hacen sino recordar otros tiempos en los que se desarrollaron retóricas propias de momentos de confusión y de crisis, en los que se impuso la propaganda más ruda, la demagogia más exaltada y los simplismos más emocionales sobre la capacidad de reflexionar y racionalizar.

Ahora, cuando se emplean expresiones que son consideradas como recursos comunicacionales inteligentes –aunque estén vacíos de contenidos concre-



las nuevas tecnologías y los medios de comunicación informacional. ¿Se trata solo de una cuestión de eficacia? ¿Cómo es posible tanta admiración *tecnicista* por parte de algunos, sin acordarse de aquellos que antaño también se admiraban de la eficacia innovadora de los nazis y los estalinistas con el uso de la radio y los altavoces rodantes?

tos– tales como *Podemos*, *Somos*, *Ganemos*, *Estamos*, *Vamos*, *Construimos*, etc., en realidad no se está haciendo algo muy distinto a lo que implementaron en los años treinta del siglo pasado los fascistas y los estalinistas. En aquellos años horribles, la lógica de la bipolarización extrema y militante recurrió abusivamente a rótulos y pronunciamientos que pretendían aprove-

chase de los malestares, temores e incertidumbres subyacentes que existían en la sociedad para aglutinar adhesiones en torno a conceptos y propuestas de afirmación firme y radical. Incluso "viriles", como reclamaban algunos. En España tenemos recuerdos recientes de este tipo de retórica emocional-simplista típica del fascismo. "Arriba", "Adelante", "Alerta", "Ahora", "Valor", "Pueblo", "Unidad", "Verdad" eran maneras típicas de *bautizar* a los medios propagandísticos. Sin más artículos, verbos, estructuras conceptuales, ni más zarandajas. Alto, sencillo y claro. También por el lado de la extrema izquierda nacional e internacional se recurrió a modelos similares: "Nosotros", "La Antorcha", "Amanecer", "Combate", "Fuerza", "Claridad", "Acción", "La chispa", "La Verdad" (Pradva), etc.

Frente a la lógica de los debates políticos alternativos, la funcionalidad de los Parlamentos y el escrutinio pacífico de las urnas, algunos pretenden imponer un supuesto poder movilizador superior del "pueblo", de la "voluntad del pueblo", de la "gente".

Cuando actualmente se emplean expresiones políticas definitorias del tipo de "Podemos", o "Somos" (el sindicato de *Podemos*), o "Ganemos" (las candidaturas municipales apoyadas por *Podemos*), lo que se pretende es canalizar y recoger la sensación de impotencia que existe entre muchas personas, a la vez que se proyecta una afirmación de tipo existencial-presencial, casi nietzcheniana. Algo similar a lo que hacían los extremistas de los años treinta. Se trata de una manera de proceder que, si se contempla con alguna distancia y con una cierta capacidad crítica, resulta un tanto ingenua y disparatada, casi infantil. La vieja afirmación "aquí estamos" y la retórica del "¡presentes!" apenas guarda alguna diferencia con otros enfoques supuestamente modernos y, desde luego, no implica ningún proyecto político concreto racionalmente identificable, más allá de lo que tiene de afirmación nietzcheniana, de voluntad de "ser", de "estar" y de "actuar".

Por lo demás, eslóganes como "Sí podemos" o "Sí se puede" son un recurso argumental emotivo, casi un *mantra*, que ha venido siendo utilizado en los últimos años, con diferente fortuna y altura de miras, por líderes de diferente orientación y alineamiento político, incluyendo el propio Obama en las primeras elecciones a las que concurrió. Por cierto, con notable éxito en su propósito de movilizar a determinados sectores del electorado norteamericano que confiaban poco en la capacidad de influencia práctica de su ejercicio del derecho al voto.

Calles y urnas

Históricamente, la utilización de rótulos presencialistas vino acompañada por una lógica de movilización militante que tenía el objetivo primordial de ocupar las calles y las plazas (la de Oriente, entre otras). Frente a la lógica de los debates políticos alternativos, la funcionalidad de los Parlamentos y el escrutinio pacífico de las urnas algunos lo que pretendían –y pretenden ahora– era –es– imponer el poder movilizador del pueblo, la voluntad de las masas, la voz unívoca de la *gente*. Es decir, se trata de una regresión democrática en toda línea, del tipo de la que condujo en su día a uno de los períodos más atroces y regresivos de la historia reciente de Europa..., hasta que después de millones de muertos, destrucciones masivas, mucha inhumanidad y mucho sufrimiento se impuso finalmente la lógica razonable de eso que se calificó como "consenso keynesiano". Un consenso que posibilitó que en Europa se conociera uno de los períodos más dilatados de paz ciudadana, de crecimiento económico y de justicia social. Sin olvidarnos de algo que hoy en día suena incluso raro como es "el pleno empleo". Algo que "sí se podía" lograr, si se quería. En aquella etapa de racionalidad política positiva todos cedieron algo en sus intereses económicos y sociales, pero todos ganaron mucho en estabilidad y equidad.

¿Por dónde vamos a empezar ahora? ¿Por el principio, o por el final de un proceso de esta naturaleza? Si se pudiera hacer un escrutinio democrático serio sobre este tipo de opción política crucial, ¿alguien tiene dudas de que –más allá de otras circunstancias– ganaríamos por aplastante mayoría los que nos decantamos por la racionalidad política pacífica y reformista? Entonces, ¿qué debemos hacer? **TEMAS**